

## - La luz brillante de Cristo - Éxodo 34:29-35

¡Jesús dijo **“Yo soy la luz del mundo”** (Juan 8:12)! En él vemos a Dios y a nosotros mismos como realmente somos, porque el Señor Jesús es **“el camino, y la verdad, y la vida”**; nadie va al Padre sin él (Juan 14:6).

Hoy, Domingo de la Transfiguración, vemos esto ilustrado de la manera más dramática. Vemos en brillante gloria cómo Jesús ilumina nuestras vidas.

La luz y la verdad tienden a ir juntas, al igual que los conceptos opuestos de oscuridad, engaño y peligro. Todos somos conscientes del problema de la oscuridad. La mayoría de nosotros hemos tropezado en la oscuridad y tenemos un miedo sano y adecuado a la oscuridad, especialmente en situaciones y entornos desconocidos donde se puede anticipar el peligro. La Escritura habla de la luz y de las tinieblas espirituales y nos advierte: **«el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios»** (2 Co 4,4).

Irónicamente, también podemos ser cegados por la luz. Cuando vamos a la montaña para esquiar o a caminar y hay nieve, la luz nos cega.

La lectura del Antiguo Testamento designada para este Día de la Transfiguración trata de estas dos condiciones en los lados opuestos del espectro: **cegar y dar visión**.

I

Nuestro texto tiene lugar aproximadamente 1500 años antes de la transfiguración de Jesús. ¿Jesús, ya estaba iluminando la vida del pueblo de Dios ya desde ese entonces?

El pueblo judío tiene una palabra especial para describir la gloriosa presencia de Dios que se ve y, sin embargo, también está "nublada". Esa palabra es *shekinah*. Dios es omnipresente, es decir, está presente en todas partes. David afirma esto en el Salmo 139. Sin embargo, la presencia especial y más personal de Dios se nos revela en muchos relatos históricos de la Biblia. Uno de los primeros es su confrontación con Adán y Eva cuando cayeron en pecado. Otro es el encuentro de Dios con Moisés desde la zarza que ardía, pero no se consumía (Éxodo 3:2-4).

En la construcción del arca del pacto, Dios prometió que su presencia especial moraría entre las dos imágenes esculpidas de los querubines angélicos que adornaban el propiciatorio de ese mueble sagrado parecido a un altar. Incluso eso sólo podía ser visto por un sacerdote. Cualquiera que se atreviera a entrar en la presencia especial de Dios y no siguiera estas instrucciones dadas por Dios estaba sujeto a la muerte instantánea.

La lectura del Antiguo Testamento de hoy relata cómo a Moisés se le dio el privilegio de entrar en la presencia especial de Dios y cómo hizo que su rostro irradiara una luz especial y brillante como resultado de ese encuentro. Moisés ha estado en el Monte Sinaí recibiendo los Diez Mandamientos, por segunda vez, por cierto, ya que antes rompió las dos tablas de piedra cuando vio a Israel destrozar los mandamientos mismos al adorar al becerro de oro. Moisés ha estado cara a cara con Dios, y ahora, para los hijos de Israel, incluso este reflejo de la gloria de Dios en el rostro de Moisés era lo que podían mirar con firmeza. Podría compararse con, la luz intensa del del sol naciente puesta en los ojos.

Entonces Moisés se puso una cubierta o velo para proteger al pueblo del resplandor . . . y también para que su apreciación de la autoridad dada por Dios con la que hablaba no flaqueara cuando el brillo de su rostro perdiera algo de su brillo con el tiempo, hasta que fuera "recargado" por otro encuentro íntimo con Dios. En este y en los otros encuentros mencionados anteriormente, Dios se esconde y se revela al mismo tiempo. La luz resplandece, pero Dios debe tapar su gloria para que el pueblo no sea cegado.

Ningún ser humano puede mirar a Dios en la plenitud de su gloria.

En Juan 1:14, leemos: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”

El Nuevo Testamento ayuda a interpretar el Antiguo Testamento, nos guía hacia adelante para ver que las palabras y los hechos del Hijo en el Antiguo Testamento culminan en el Hijo encarnado, que fue crucificado, murió y resucitó al tercer día.

Jesús no solo reveló que YHWH era Padre, Hijo y Espíritu Santo, sino que dio la revelación definitiva de quién es realmente YHWH al subir a la cruz y dar su vida por la vida del mundo.

Puede tomar un tiempo para que las personas vean los Diez Mandamientos como un camino hacia la alegría y la libertad en lugar de la esclavitud.

Puede que a la gente le llevara un tiempo ver los Diez Mandamientos como un camino hacia la alegría y la libertad, en lugar de como una esclavitud. Puede que al pueblo de Dios le llevara tiempo ver los principios del Evangelio en las ofrendas de sacrificio y los días que debían observarse. Ciertamente fue un reto ver la mano del Dios todopoderoso y amoroso en el tiempo de la esclavitud en Egipto. Moisés y su mensaje fueron escuchados por el pueblo porque fue confirmado por señales y maravillas.

A través de él, Dios trajo plagas sobre los egipcios, obligándoles a dejar marchar al pueblo de Dios. Y por el poder de Dios, Moisés guió a Israel en el milagroso cruce del Mar Rojo que finalizó su liberación de la que era una de las potencias militares más poderosas de aquel tiempo, después de que los israelitas seguramente habían imaginado que los egipcios los matarían. El pueblo de Dios siempre ha sido llamado a caminar por la fe y la confianza en lugar de por el puro razonamiento humano basado en la apariencia y las corrientes filosóficas.

Hay otro punto importante que señalar sobre los encuentros de Moisés con Dios. A menudo el Antiguo Testamento se refiere a Dios manifestándose a la gente mediante la vista o el oído. A estas apariciones las llamamos **teofanías**.

Muchas otras veces el Antiguo Testamento describe lo que llamamos **angelofanías** - apariciones de lo que los textos llaman "**el ángel del Señor**".

Varios teólogos (especialmente luteranos) han llegado a comprender, a partir de un estudio más cuidadoso e intenso de las Escrituras, que la mayoría de estas apariciones son, en realidad, **crisofanías**. Es decir, son encuentros con el Cristo pre-encarnado. Lo más probable es que Moisés se encontrara cara a cara con Cristo, catorce siglos antes de que naciera en Belén.

El Antiguo Testamento señala constantemente el cumplimiento del gran plan de salvación de Dios en el Mesías prometido. Aunque la imagen del plan de salvación de Dios se ve más claramente en su cumplimiento en la persona y la obra de Jesús, la obra redentora y misericordiosa de Dios ya se podía contemplar en los sacrificios del Antiguo Testamento y en las profecías de los profetas de Dios. La salvación siempre ha sido obra de nuestro Dios misericordioso y sólo se ha cumplido mediante la obra expiatoria del Señor Jesucristo.

Moisés escribió que Dios no abandonaría a su pueblo creado para que se apoderaran de él Satanás y sus ángeles malignos, sino que suscitaría una "**semilla de mujer**" (ver Gen. 3:15) para vencer a Satanás (identificado en Ap 12:9). Esa "**semilla de mujer**" no era otro que nuestro Señor Jesús, nacido de la virgen María.

Así que, aunque a menudo parece que el pacto del Antiguo Testamento era principalmente una promesa de que Dios concedería a su pueblo bendiciones como nación *en esta vida* si vivían bajo su señorío, ese pacto en realidad ya estaba brillando intensamente la luz de la gracia y el amor eternos de Dios en Cristo. Los creyentes del Antiguo Testamento ya tenían fe en que Dios los resucitaría de entre los muertos (Heb 11:17-19). Job, que pertenecía a la época de los patriarcas, expresó bellamente esa fe en que Dios lo resucitaría de entre los muertos cuando declaró:

*25 Yo sé que mi Redentor vive, Y al fin se levantará sobre el polvo; 26 Y después de deshecha esta mi piel, En mi carne he de ver a Dios; 27 Al cual veré por mí mismo, Y mis ojos lo verán, y no otro, Aunque mi corazón desfallece dentro de mí. (Job 19:25-27).*

II.

Por supuesto, la razón por la que esta lectura del Antiguo Testamento fue elegida para el Día de la Transfiguración es que Moisés aparece con Jesús en el Evangelio de hoy. Y aquí, en Jesús y su transfiguración, la luz de la gracia y el amor de Dios brillaba aún más intensamente que a través de Moisés.

Jesús sabía lo que le esperaba mientras se dirigía a Jerusalén por última vez. Sabía que sacudiría a los discípulos a quienes había preparado durante tres años para difundir el Evangelio por todo el mundo. Así que les dio a tres de esos discípulos, Pedro, Santiago y Juan, una revelación de sí mismo que fue inolvidable y espectacular.

Allí, en el Monte de la Transfiguración, la apariencia de Jesús se alteró repentinamente: brillante, blanca y resplandeciente, **“tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos”**, dice Marcos (Marcos 9:3).

Y junto a Jesús estaban Moisés y Elías. La forma en que los tres discípulos llegaron a reconocer a Moisés y Elías no se explica en el relato bíblico, pero el hecho de que tales miembros espirituales del salón de la fama apoyen la afirmación de Jesús de ser el único Mesías profetizado no puede descartarse como algo menos que estupendo. La gloriosa luz que emanaba del cuerpo de Jesús e incluso de su atuendo era absolutamente notable.

Muchas personas a menudo luchan con lo que Lutero llamó la **“Teología de la Cruz”**: Naturalmente, preferiríamos una **“Teología de la Gloria”** sin dolor. Aunque Jesús les contó explícitamente a sus discípulos acerca de la traición, la persecución y la muerte que le esperaban en Jerusalén, los discípulos no procesaron eso hasta después de su resurrección. Del mismo modo, las profecías de las Escrituras Hebreas acerca de estos asuntos solo fueron entendidas por ellos después de ver a Jesús vencer los horrores que le infligieron a manos de los romanos y la corrupción política de los líderes judíos en Jerusalén.

Las señales y prodigios que los habían asombrado fueron temporalmente descartados de sus mentes por los temores y la total consternación y derrota que experimentaron;

¡Estaban viendo a Aquel en quien habían depositado las ambiciones de sus vidas siendo torturado y humillado en la cruz! Pero cuando Jesús se levantó y demostró su victoria, cuando ascendió de una manera impresionante, las luces espirituales interiores de los discípulos brillaron intensamente. Sin lugar a duda, los tres le contaron al resto de sus colegas acerca de la transfiguración de Jesús que habían presenciado, y en el tiempo perfecto de Dios partieron de Jerusalén a los confines del mundo conocido, y lo pusieron de cabeza, cambiaron el mundo.

III.

A veces, nuestra luz brilla más intensamente para quienes nos rodean cuando nos enfrentamos y soportamos dificultades y desafíos. Pero ciertamente la luz de la gracia y el amor de Dios brillará más que nadie cuando Jesús inaugure su reino eterno.

Juan, testigo de la transfiguración de Jesús, escribió cinco libros del Nuevo Testamento. Habla de la luz de Cristo que nunca se apagará ni se extinguirá:

*“La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera”* (Ap. 21, 23).

Jesús le dice a su iglesia: **“Vosotros sois la luz del mundo”** (Mt 5:14). Así como la luna refleja la luz del sol, así nosotros reflejamos la luz del Hijo, es decir, la luz del Señor Jesucristo, que es Dios verdadero de Dios verdadero.

Queridos hermanos, **brillemos intensamente** y seamos usados por el Espíritu de Dios para ayudar en el rescate de personas que sin la luz del Evangelio existirán para siempre en las tinieblas de afuera.

Amén.